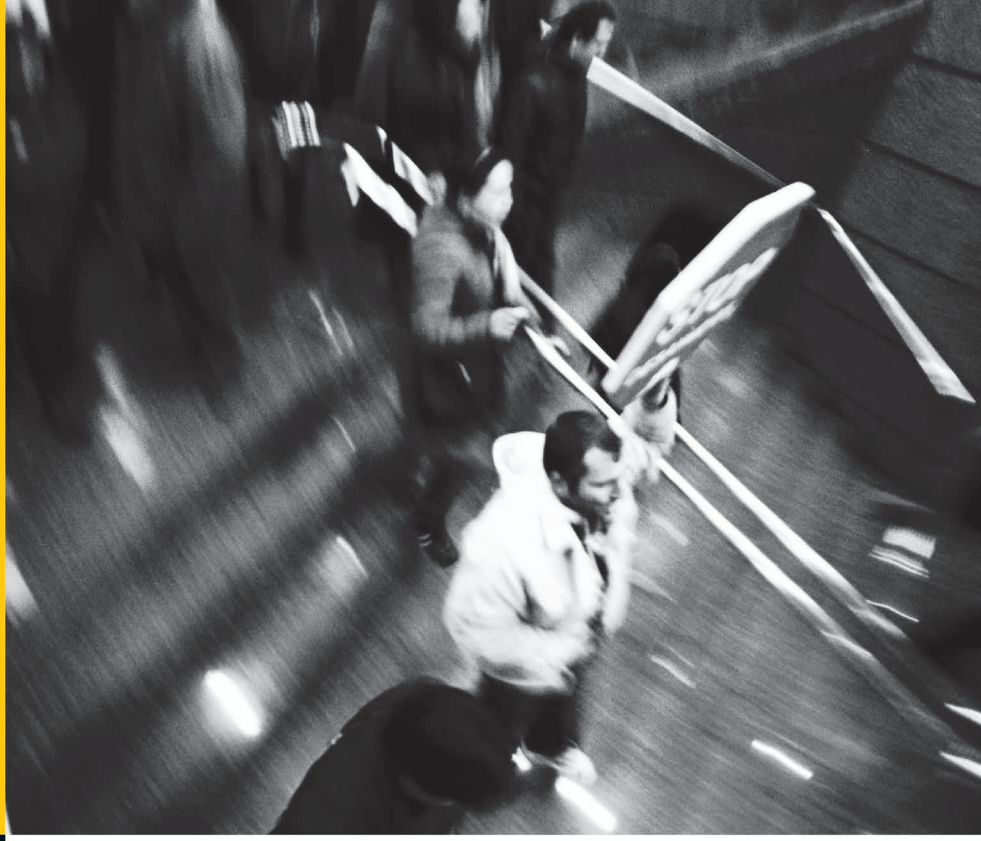

La unidad europea

Historia de un sueño

Manuel Florentín

ANAYA
BIBLIOTECA BÁSICA
HISTORIA

Colección: Biblioteca Básica de Historia
Director: Joaquim Prats i Cuevas,
Catedrático de Didáctica de la Historia.
Universidad de Barcelona

Coordinación editorial: Jesús Navas
Edición: Salvador Vara Zanca
Diseño: Miguel Ángel Pacheco y Javier Serrano
Maquetación: Nieves Merino
Corrección: Mercedes Pérez
Edición gráfica: Estefanía de Régil
Cartografía: José María Gil
Departamento gráfico: Juan Carlos Quignon, Paz Franch, Miguel Díaz Rulfo, Rafael Sombría, Miguel Ángel Castillejos
Créditos fotográficos: Album, Archivo Anaya (Cosano, P.; Martin, J.; Muñoz Pellicer, M.A.; Ruiz Pastor, L.; Steel, M.), EFE, European Union-European Parliament, Audiovisual Unit. Corbis/Cordon Press, Florentín, M., Getty Images, Prisma, 123RF/Quickimages, Villar, M.

© Del texto, Manuel Florentín, 2013
© De esta edición, Grupo Anaya, S.A., 2013
Juan Ignacio Luca de Tena, 15 - 28027 Madrid
Depósito Legal: M-17646-2013
ISBN: 978-84-678-4094-0
Printed in Spain

www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Manuel Florentín

La unidad europea
Historia de un sueño

ANAYA
BIBLIOTECA BÁSICA
HISTORIA

Índice

Prólogo 5

1 Antecedentes (700 a.C.-1950 d.C.)
1. Orígenes legendarios 7
2. Casa común 10
3. ¡Salvad a Europa! 16

2 Los primeros pasos (1950-1990)
1. No más guerras 27
2. Nace el Mercado Común 35
3. Objetivo: unidad monetaria 45

3 Europa reunida (1990-2000)
1. Europa mira al este 59
2. Tratado de Maastricht 63
3. La Europa de los Quince 70

4 El sueño europeo en peligro (2000-2013)
1. Ampliación hacia el este 75
2. Europa alemana 88
3. Llegó la crisis 91

5 ¿Tiene futuro la UE?
1. La historia de la UE ha sido positiva 101
2. Hacia el federalismo 106
3. Retos 107

Anexos
Documentos 113
Glosario 116
Cronología 120
Bibliografía 122
Índice analítico 123
Índice onomástico 125

Prólogo

La Unión Europea no vive sus mejores momentos. Ha dejado de ser esa panacea que soñamos cuando nuestro país ingresó en 1985. Tampoco es el modelo de unidad europeo que buscaban los llamados «padres fundadores», y sus precursores, en la primera mitad del siglo xx. No estamos ante los Estados Unidos de Europa que anhelaban Victor Hugo, Robert Schuman, Alcide de Gasperi, Jean Monnet o Konrad Adenauer.

La crisis global que empezó en 2008 ha sacudido los cimientos de la Unión Europea, acabando con la solidaridad de la que hizo gala en su día y provocando que aflore el mayor euroescepticismo de toda su historia entre su ciudadanía. Se está dividiendo entre una Europa rica del norte y una Europa pobre del sur, resurgiendo los viejos clichés del norte rico y laborioso que mantiene al sur pobre, ocioso e ineficaz.

Sin embargo, pese al pesimismo y escepticismo reinante, hay que decir que el proceso de unidad europeo ha merecido la pena. Es una de las empresas más exitosas de la historia del continente y de la humanidad. Ha aportado a Europa el mayor período de paz y estabilidad política, económica y social de toda su historia. El proceso no ha sido fácil dada la naturaleza de sus protagonistas: Estados nacionales con un largo recorrido histórico de guerras entre sí, con una cultura identitaria que ha alimentado clichés y recelos con respecto al vecino –incluso dentro del propio Estado-nación–, y unos intereses propios larvados durante siglos. Peculiaridades que deberían relegarse en beneficio del bien común, pero que no es tan sencillo de lograr. La Unión se construyó de crisis en crisis, superando los obstáculos con voluntad política, lo que se ha echado en falta en los últimos tiempos.

La actual Unión Europea tiene más aspectos criticables que dignos de elogio. Para la juventud europea, en especial del sur, Europa ya no se asocia a bienestar y progreso sino a paro y exclusión social. La UE necesita una refundación que recupere los principios solidarios de sus orígenes, que camine más hacia la Europa social y federal que hacia la neoliberal de nuestros días. Un repensar Europa en el que se implique a la ciudadanía en su construcción y no se haga a espaldas de la misma como se ha hecho hasta hoy en día. La UE nunca ha estado tan al borde de la ruptura como ahora.

1 Antecedentes (700 a.C.-1950 d.C.)

El sueño de la unidad europea no es un fenómeno del siglo XX. Es un proceso que se ha forjado a lo largo de los siglos, especialmente desde el medievo, en el que una serie de pensadores entendieron que, a partir de las raíces culturales grecorromanas comunes, la unidad era la única vía para evitar las continuas guerras entre europeos.

1. Orígenes legendarios

El origen del nombre Europa se encuentra en la mitología prehelénica. Hay muchas teorías y leyendas al respecto pero la más extendida es la que, cantada por el poeta Ovidio en *Las metamorfosis,* cuenta que Europa era una joven princesa fenicia, hija del rey Agenor, de la que se enamoró el dios Zeus. Este, tras convertirse en toro manso para que se subiera en su lomo, se metió en el mar y la llevó a Creta donde tuvieron tres hijos.

El primero en dejar testimonio escrito de Europa fue Hesíodo en su Teogonía, en el 700 a.C. Además del origen mitológico, Europa ya era para los griegos un lugar geográfico: uno de los tres continentes del mundo entonces conocido junto a Asia y Libia (África). Su significado, que Heródoto dijo desconocer, podría ser el de poniente frente a Asia que es oriente.

Hasta la época del imperio romano pocos elementos en común había entre lo que hoy entendemos por pueblos europeos. Roma, que extendió sus dominios por la cuenca mediterránea, aunque no logró una gran

Detalle del Rapto de Europa, *fresco del siglo I a.C. encontrado en las ruinas de Pompeya. Según la tradición grecorromana, Zeus se convirtió en toro manso para ganarse la confianza de la princesa fenicia Europa, a la que rapta al subirse esta sobre su lomo.*

Heródoto

«... respecto de la Europa, nadie todavía ha podido averiguar si está o no rodeada de mar por el Levante, si lo está o no por el Norte; sábese de ella que tiene por sí sola tanta longitud como las otras dos juntas. No puedo alcanzar con mis conjeturas por qué motivo, si es que la tierra sea un mismo continente, se le dieron en su división tres nombres diferentes derivados de nombres de mujeres, ni menos sé cómo se llamaban los autores de tal división, ni dónde sacaron los nombres que impusieron a las partes divididas. Verdad es que al presente muchos griegos pretenden que la Libia se llame así del nombre de una mujer nacida en aquella tierra, y que el Asia lleve el nombre de otra mujer esposa de Prometeo. Pero los lidios se apropian el origen del último nombre, diciendo que lo tomó de Asias, hijo de Cotis y nieto de Manes, no de Asia la de Prometeo; añadiendo que de Asias tomó también el nombre una de las tribus de Sardes que llaman la Asiada. Mas de la Europa nadie sabe si está rodeada de mar ni de dónde le vino el nombre, ni quién se lo impuso, a no decir que lo tomase de aquella Europa natural de Tiro, habiendo antes sido anónima como debieron también de serlo las otras dos. La dificultad está en que se sabe que Europa no era natural del Asia, ni pasó a esta parte del mundo que ahora los griegos llaman Europa, sino que solamente fue de Fenicia a Creta y de Creta a Licia. Pero basta ya de investigaciones, y sin buscar usanzas nuevas, valgámonos de los nombres establecidos».

Historia. Libro IV, XLV.

Europenses

En la *Crónica mozárabe* de 754 se describe la batalla de Poitiers en la que Carlos Martel, abuelo de Carlomagno, en 732 frenó el avance musulmán que venía de la península ibérica. En la misma se llama Europenses a las huestes de Martel que procedían de todo el continente y que tenían en común el cristianismo. Se cree que es la primera vez que se emplea con tal connotación.

cohesión entre sus súbditos, sí estableció entre ellos vínculos que permitieron ir forjando una tibia cultura común: el Derecho romano, el latín como lengua franca, el pensamiento y la literatura griega y romana, los métodos de cultivo, las calzadas como vías de comunicación y, al final del Imperio, la religión cristiana al convertirse el emperador Constantino.

Tras la división del imperio romano entre occidente y oriente, y la caída del primero, las órdenes monásticas, a través de las universidades, iglesias y monasterios, transmitieron no solo la fe sino también el Derecho y la herencia cultural grecorromana estableciendo lazos que, a lo largo de los siglos, permitirían crear una tradición humanista común que se plasmará en el arte, el teatro, la literatura, la arquitectura civil y religiosa...

Con Carlomagno se recupera la vieja idea del imperio romano tras unir las tierras francas y germánicas, conseguir que el denario fuera la moneda de referencia y ser coronado emperador por el papa León III en Roma, en la Navidad del año 800. Un título que se había

perdido tras la caída del imperio de occidente en 476 y que venía a reagrupar de nuevo bajo el poder político del *Pater Europae,* y el amparo eclesiástico, a gran parte de los pueblos cristianos europeos.

Aunque sus nietos, tras el Tratado de Verdún de 843, desintegraron el imperio repartiéndose sus territorios, perduraron las instituciones culturales, la religión y el Derecho romano como nexo entre ellos.

La división del imperio trajo luchas por la hegemonía entre el poder político y el religioso, entre el imperio y el papado. Cuando no eran las ambiciones de poder y materiales de reyes y príncipes las que las desataban.

En ese clima de división y guerras surgen voces intentando imponer cierta cordura. Pierre Dubois, consejero de Felipe IV de Francia, en 1304 planteó en *Recuperatione Terrae Sanctae* un ente supranacional de «soberanos y príncipes de la Iglesia» que arbitrase en los litigios bajo autoridad papal. Cuatro años después el poeta italiano Dante Alighieri esbozaba en *De Monarchia* una idea similar pero anteponiendo el poder civil del emperador. De alguna manera, se han considerado sus ideas como las primeras piedras del edificio común europeo.

Coronación de Carlomagno en la iglesia de San Pedro de Roma en la Navidad del año 800 por el papa León III. *Miniatura de Jean Fouquet de 1460. El* Pater Europae *volvió a reunir bajo su corona las tierras francas y germánicas.*

2. Casa común

Siglo y medio después, en 1458, el humanista italiano Eneas Silvio Piccolomini, más tarde elegido como papa Pío II, acuñó el término de *casa común* para hablar de la Europa cristiana. Pero esta no admitía herejías y, sin pretenderlo, convirtió a uno de sus perseguidos en uno de los precursores de la unidad europea, el rey de Bohemia Jorge de Podiebrad. Tras la caída de Constantinopla en 1453 y para evitar el ataque papal contra su reino, adoptando las teorías del aventurero-diplomático Antoine Marini, propuso en 1464 crear una alianza de príncipes con una asamblea permanente en Basilea y un tribunal de justicia que permitiera hacer frente a la amenaza islámica. Era una alianza militar y económica, con una moneda común, que integraría a todos los príncipes cristianos, desde Germania al «rey de Castilla y los demás reyes y príncipes de la nación hispánica».

En 1519, el rey Carlos I de España le va a dar un nuevo brío al Sacro Imperio Romano Germánico al ser elegido emperador con el nombre de Carlos V. Agrupa bajo su corona a Austria, España y sus posesiones americanas y norteafricanas, el Franco-Condado, el Milanesado, Nápoles y los Países Bajos. Pero la Reforma religiosa de

Jorge de Podiebrad

«[Los países que pacten] no deberán recurrir a las armas los unos contra los otros (...) sino más prestarse ayuda mutua (...) contra todo hombre que pretenda atacarnos o atacar a alguno de nosotros (...) todos sin excepción, en aplicación de una decisión unánime tomada en perfecto acuerdo, vendremos en ayuda de nuestro aliado, que sea atacado o que se esté defendiendo, facilitándole el producto de lo recaudado y de los impuestos y beneficios de nuestros reinos calculados proporcionalmente por casas en función de tres días por año».

Jorge de Podiebrad en una ilustración de 1607.

Pintura de Juan de la Corte que representa la entrada en Bolonia de Carlos V y el papa Clemente VII en 1529 para los actos de coronación como emperador. Con Carlos V, el Sacro Imperio Romano Germánico recibe un nuevo impulso al reagrupar bajo su corona a Austria, España, el Franco-Condado, el Milanesado, Nápoles y los Países Bajos.

Lutero en Alemania que dividió a los cristianos, la consolidación de los Estados modernos, que se oponen al concepto de imperio medieval, encabezados por Francisco I de Francia, y la lucha por el poder entre papado e imperio sembrarán Europa de guerras.

Surgen nuevas voces, como la del español Luis Vives y el holandés Erasmo de Róterdam, que invitan a la reconciliación de los príncipes europeos. Vives pide la convocatoria de un concilio universal que los reúna para poner fin a las guerras. Mientras que Erasmo, en 1517, en su *Querela Pacis* propuso una serie de elementos novedosos para su época, como que se limitaran las fronteras, arbitrajes para la solución de conflictos y el conocimiento mutuo entre los pueblos. Fue uno de los primeros en resaltar lo que tenían en común los europeos frente a sus diferencias.

Paz perpetua

En el siglo XVII, el estado natural de Europa es el de la división y la búsqueda de un precario equilibrio de fuerzas entre las ambiciones de los príncipes. Las nuevas propuestas de unidad y paz tienen en común crear algún tipo de Dieta permanente en la que los reyes diriman sus litigios, un primer paso hacia las instituciones europeas actuales.

Abad de Saint-Pierre

«... una Sociedad, una Unión permanente y perpetua entre los Soberanos infrascritos con el designio de hacer inalterable la paz en Europa (...). Los Soberanos estarán perpetuamente representados por sus diputados en un Congreso o Senado perpetuo en una Ciudad libre. La Sociedad Europea no se inmiscuirá en el Gobierno de cada Estado, si no es para conservar la forma fundamental y para dar pronto y suficiente socorro a los Príncipes en las Monarquías y a los Magistrados en las Repúblicas contra los Sediciosos y los Rebeldes (...). Habrá en el Senado de Europa veinticuatro senadores o diputados de los Soberanos unidos, ni más ni menos; a saber Francia, España, Inglaterra, Holanda, Saboya, Portugal, Baviera, Venecia, Génova y asociados, Suiza y asociados, Lorena y asociados, Suecia, Dinamarca, Polonia, el Papa, Moscovia, Austria, Curlandia y asociados, Prusia, Sajonia, Palatinado y asociados, Hanover y asociados, Arzobispos electores y asociados...».

El monje francés Émeric Crucé, en *Nouveau Cynée* (1623), fija en Venecia la sede de la Asamblea que preserve la libre circulación de bienes y personas, y unifique pesas y medidas. Más tarde, Maximilien de Béthune, duque de Sully, consejero del rey francés Enrique IV, en *Mémoires des sages et royales économies d´Estat* (1638) planteó la unión de los países por entes supranacionales con poder ejecutivo que facultarían la libertad de comercio, la paz y la defensa común.

En 1693, el cuáquero inglés William Penn, que daría nombre a Pennsylvania, en su *Essay towards the present and Future Peace of Europe* daba la representación por países en la Dieta europea: España sería el segundo con diez, por detrás de Alemania con doce y por delante de Francia con ocho.

En el siglo XVIII, tomando como modelos la Confederación Suiza y las Provincias Unidas holandesas, el abad Charles-Irénée Castel de Saint-Pierre propuso en 1712 su *Projet de paix perpétuelle* con un parlamento supranacional en el que estarían representados no solo los monarcas. Los Estados estarían unidos entre sí al igual que los súbditos lo están en los reinos con las legislaciones locales. Consciente de que era un adelantado a su tiempo, Saint-Pierre escribió que podría ser que «el arbitraje europeo no se forme más que poco a poco, por grados insensibles y en doscientos años».

Rousseau le dedicó en 1761 su *Extracto del proyecto de paz perpetua del abad de Saint-Pierre* en el que escribió que «si el proyecto no se ejecuta no es porque sea quimérico; es que los hombres son insensatos y es una especie de locura ser cuerdo en medio de los locos».

Montesquieu previamente, en 1727, en sus *Reflexiones sobre la monarquía universal en Europa,* había planteado reforzar las relaciones comerciales y el trato de igualdad entre los países para una unión pacífica en una «Europa que no es más que una nación compuesta de varias». En palabras de Voltaire, «hoy ya no hay franceses, alemanes, españoles o ingleses; con independencia de lo que diga la gente, solo hay europeos. Todos tienen los mismos gustos, las mismas sensaciones y costumbres».

Pintura de Jacques-Louis David que representa la consagración del emperador Napoleón y la coronación de la emperatriz Josefina, en la iglesia de Notre Dame de París el 2 de diciembre de 1804, mientras el papa Pío VII le da la bendición. Napoleón, tratando de ser un nuevo Carlomagno, se coronó emperador e intentó hacer una confederación de países europeos.

El filósofo Immanuel Kant, lector de Saint-Pierre y del *Extracto* de Rousseau, mantiene que la paz no es un estadio entre guerras y para que tenga significado debe ser perpetua. En 1795, en *Por la paz perpetua,* propone «una federación de Estados libres» que llevaría al final de los conflictos y de las fronteras.

Un nuevo período de guerras iba a ensombrecer Europa con el advenimiento del siglo XIX. Napoleón, tratando de emular a Carlomagno, se autoerigió emperador e intentó hacer una confederación de países bajo su corona, llevando la guerra a toda Europa.

Tras las guerras napoleónicas, el filósofo francés Henri de Saint-Simon, en *De la reorganización de la sociedad europea o de la necesidad de reunir los pueblos de Europa en un solo cuerpo político conservando cada uno su independencia nacional,* recupera la idea del parlamento común pero con la novedad de que será elegido por las corporaciones profesionales que buscarán el «interés común» económico. Da la cifra de 240 diputados, uno por cada «millón de hombres que sepan leer y escribir».

De la mano del príncipe austriaco Metternich, quien decía «Europa es para mí una patria», nace el Congreso de Viena en 1814 que impone, a través de la Santa Alianza militar, el orden conservador en Europa frente al espíritu liberal que la Revolución Francesa extendió por el continente. Pretendía crear un sistema de equilibrio de poderes entre las potencias.